

Fernando Vallespín

Ha sido presidente del Centro de Investigaciones Sociológicas, director del Instituto Universitario Ortega-Marañón y es miembro de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

Autor de multiplicidad de libros, artículos académicos y capítulos de libros de Ciencia y Teoría política en revistas españolas y extranjeras, con especial predilección por la teoría política contemporánea. Colabora habitualmente en el diario *El País*.

Catedrático de Ciencia Política en la Universidad Autónoma de Madrid



LAS ELECCIONES AMERICANAS: bajo el signo de la polarización

Fernando Vallespín

El proceso electoral estadounidense acabó de la manera más inesperada, con un asalto al Capitolio por parte de fanáticos seguidores del todavía presidente en funciones Donald Trump. Fue el 6 de enero, el día en el que el Congreso iba a proclamar como vencedor a su contrincante, Joe Biden. Como con todo lo relevante que ocurre en nuestros días, medio mundo pudo observarlo en directo. La sensación para todos los que lo contemplamos fue de irrealidad. Y, sin embargo, no era algo impredecible. Desde la hasta entonces inédita negación a aceptar el resultado electoral por parte del propio presidente y de un amplio número de cargos del *establishment* republicano, un final a su mandato que cobrara esas formas no podía ser excluido del todo. Y no solo por haber sido impulsado por el propio presidente; también por la variopinta composición de la turba que irrumpió en el Congreso, con disfraces y banderas varias. A medida que se fue conociendo su composición volvió a saltar la sorpresa. A pesar de las apariencias, no estábamos solo ante miembros de grupos radicalizados a través de internet provenientes de aquellos sectores marginales que seguían ciegamente a Trump, los “deplorables” a los que se refiriera Hillary Clinton en la campaña de hace cuatro años. Entre

ellos había un hijo de un conocido juez, un campeón olímpico, y miembros de grupos bien integrados en la sociedad estadounidense, incluso una empresaria tejana que acudió a la manifestación en su propio avión privado.

A ojos de los europeos, empero, el estupor vino después, cuando nos enteramos de que cuatro de cada cinco votantes del partido republicano creían en el fraude electoral; o cuando vimos que 147 diputados del Congreso, entre ellos ocho senadores, votaron en contra de los resultados proclamados por el Colegio Electoral; o que los asaltantes del Capitolio pudieron tener complicidades entre miembros del Congreso y las fuerzas del orden; o que solo una ínfima minoría de en torno al diez por ciento de dichos votantes atribuía a Trump una responsabilidad directa en incentivar el asalto. Los números cantan, la democracia estadounidense tiene un grave problema de legitimidad: más de 74 millones de americanos votaron por Trump y el grueso de este sector electoral piensa que se les robó la elección. Y a estos efectos es indiferente el hecho de que la ventaja de Biden fuera de siete millones de votos o que se procediera a varios recuentos en los Estados más disputados. La tesis

propiciada por Trump y su entorno de que existen “hechos alternativos”, una realidad distinta de la proclamada como tal, acabó siendo interiorizada como verdadera por sus seguidores.

En lo que sigue nuestro objetivo no es tanto el ofrecer una explicación sobre cómo pudo llegarse a esta situación, algo que excedería los límites de un artículo de estas características, cuanto el tratar de sacar a la luz quiénes son los grupos sociales que votaron por Trump, cuál es su perfil y, ya de forma más limitada, cómo es que pudieron dejarse convencer por las innumerables mentiras que una y otra vez fueron enunciadas por Trump y sus adláteres. Esto último nos remite inevitablemente a lo que sin duda constituye el principal problema de la sociedad americana, la polarización política. Ella es la causa de esta combinación tóxica promovida por el populismo de anteponer sus fines al respeto de las reglas, el cultivo de una retórica divisiva, la subversión de la verdad de los hechos y la instrumentalización de las instituciones con fines partidistas.

2

La distribución del voto

Desde que la revolución trumpista hizo su aparición en el anterior proceso electoral, hay ya suficiente evidencia sobre quiénes constituyen sus principales apoyos, aunque el extraordinario resultado del magnate en los comicios del 2020 ha permitido matizar algunos de los tópicos asentados. Entre estos se encuentran los siguientes: Trump vence con claridad en zonas rurales, entre varones, en sectores de raza blanca y personas con menor nivel educativo; los demócratas, por su parte, encuentran sus mayores apoyos en las grandes zonas urbanas, entre mujeres, en las minorías raciales y personas de alto nivel educativo. La edad es también un factor importante, aunque menor que los anteriores, y, desde luego, la renta disponible, que favorece a los republicanos entre los más acomodados, si bien Trump consiguió sumar con eficacia a los blancos con menos ingresos o los tradicionalmente absentistas.

Esta imagen de brocha gorda o en blanco y negro bien puede servir como síntesis de las dinámicas electorales de los Estados Unidos, que a grandes rasgos coinciden con las pautas que desde hace décadas servían para distinguir entre el voto demócrata y el republicano. El que el candidato de un partido u otro acabara imponiéndose en la carrera electoral se jugaba sin embargo en los grises, en pequeños desplazamientos dentro de cada uno de estos bloques y, muy en especial, en

El voto de los varones blancos -no así el de las mujeres- a Trump que descendió en un 8 %. De poseer una ventaja de 32 puntos, cayó a los 28, y este descenso hay que atribuirlo al incremento de la opción demócrata por parte del grupo de los de mayor nivel educativo y de la clase trabajadora

los combates librados dentro de los *swing states*, los estados en los que el voto mayoritario no está asegurado a favor de ningún candidato. En esta última elección, con record de participación electoral, la movilización relativa de unos grupos u otros ha sido decisiva.

Por la información ya disponible, y de forma sintética, los desplazamientos más reseñables habrían sido los siguientes: en lo referente a la polarización geográfica, los demócratas siguieron perdiendo posiciones en las zonas rurales en casi 40 estados, pero consiguieron compensarlo, no con el voto de las grandes ciudades, sino con el de los barrios residenciales, el escenario en el que se libró una de las grandes batallas electorales. Y esto fue aún más perceptible en estados decisivos como Pensilvania, Georgia, Arizona, Michigan o Wisconsin, donde se produjo un claro giro hacia Biden cuando en la anterior elección dieron su voto a Trump. Esto se complementa con otro dato objetivo, quizá uno de los más relevantes, la retirada de una buena parte del voto de los varones blancos -no así el de las mujeres- al candidato republicano, que descendió en un 8 por ciento. De poseer una ventaja de 32 puntos, cayó a los 28, y este descenso hay que atribuirlo al incremento de la opción demócrata por parte del grupo de los de mayor nivel educativo y, como enseguida veremos, de la clase trabajadora. Lo curioso, sin embargo, es que aumentó ligeramente el apoyo a Trump por parte de las minorías, aunque no lo suficiente como para compensar las pérdidas anteriores. Se ha destacado también cómo dentro de estas, dos minorías en particular, la asiática y la latina, se han desviado ligeramente de su anterior preferencia por los demócratas. En el caso de los asiáticos esto es particularmente significativo respecto de los de origen



Donald Trump portando la icónica gorra roja de su campaña de 2016 con el lema *Make America great again*.

vietnamita, y en el de los latinos, en los de origen cubano y venezolano. Con todo, hay que ser cauto a la hora de interpretar de forma homogénea el voto latino. Fue decisivo para que Trump ganara en Florida y Tejas, pero también para que, por ejemplo, no lo hiciera en Arizona y Nevada. Y esta conexión entre territorio y la distribución racial es algo que aún tardará en comprenderse del todo. La información disponible por ahora afecta sobre todo a los estados decisivos, pero no tanto a los demás.

Para Biden fue perentorio recuperar parte del voto blanco de la clase trabajadora al que Hillary Clinton no supo poner de su parte. Una de las causas de que la anterior candidata acabara perdiendo las anteriores elecciones fue precisamente su incapacidad para conseguir atraer a los trabajadores del *Rust Belt* o “cinturón del óxido”, zonas en pleno declive industrial en estados como Pensilvania, Ohio, Michigan o Wisconsin. La retórica trumpista prendió aquí enseguida con una inusitada eficacia. Su discurso a favor del *Make America great again* y en contra de las deslocalizaciones industriales fue de una enorme eficacia. Pero Biden consiguió ahora contrarrestarlo al hacer pequeños avances entre este sector de la población, un 5 por ciento más de lo que obtuvo Clinton, que junto con la mayor movilización del voto de color en Georgia y Arizona, potenciado también aquí por el latino, acabaría por otorgarle los estados que le condujeron a la victoria. Como puede observarse, pequeñas variaciones en la oscilación del voto en los *swing states*, además de la mayor movilización, contribuyeron a inclinar la balanza a su favor.

3

La polarización

A sí descrito, con los neutros instrumentos de la ciencia social, esta última elección presidencial estadounidense no sería muy diferente a otras. Y, sin embargo, como señalábamos al comienzo, su principal característica no fue ya tanto la particular distribución del voto, sino la polarización entre ambos contendientes. Hay que comenzar señalando que los Estados Unidos estaban ya polarizados antes de la aparición de Trump como candidato a la presidencia. En gran medida por la radicalización hacia la derecha de un sector del partido republicano, el *Tea Party*, que incentivó a que en el seno del partido demócrata ocurriera algo parecido hacia su izquierda, bien representado por los votantes de Bernie Sanders. El hecho es, como ha sido descrito por Ezra Klein, que un sistema bipartidista con una afiliación política débil, que tradicionalmente permitía acoger el pluralismo de la sociedad americana, fue dando paso poco a poco a la creación de dos grandes bloques dotados de cohesión identitaria interna y enfrentados de modo casi visceral en casi todas las cuestiones con dimensión público-política.

Un ejemplo, aparentemente banal, puede servir para ilustrar este hecho. En una encuesta celebrada en 1960 se preguntó a una muestra de la ciudadanía estadounidense



Un simpatizante de Trump portando una bandera confederada durante el asalto del Capitolio en enero de 2021.

En una encuesta celebrada en 1960 se preguntó a una muestra de la ciudadanía estadounidense sobre cuál sería su actitud si su hijo o hijo se casara con un miembro del partido opuesto al que ellos favorecían. Solo un 5 por ciento de los republicanos y un 4 por ciento de los demócratas reconocieron entonces que ello podría “molestarles”. Ese porcentaje fue aumentando en encuestas sucesivas

sobre cuál sería su actitud si su hijo o hijo se casara con un miembro del partido opuesto al que ellos favorecían. Solo un 5 por ciento de los republicanos y un 4 por ciento de los demócratas reconocieron entonces que ello podría “molestarles” (*upset*). Ese porcentaje fue aumentando en encuestas sucesivas hasta que en una de YouGov de 2010 se repitió la pregunta y se llegó al resultado siguiente: el 49 por ciento de los republicanos y el 33 por ciento de los demócratas se mostraron preocupados ante tal posibilidad. Ignoro cuáles serían hoy los números, pero casi con total seguridad serían aún mayores, del mismo modo en que los sentimientos que desataba esa animadversión serían también más profundos. El caso es que, como ha tratado de demostrar Lilliana Mason, en este país se habría desarrollado algo así como una “mega-identidad”, una identidad asociada a la adscripción política con capacidad para absorber todos los rasgos de la identidad de una persona, desde la profesión, el grupo de amigos o las pautas de consumo. La adscripción política dentro de cada uno de los dos partidos funciona, por tanto, como una especie de comunidad existencial o “grupo nosotros” respecto del cual “el otro” es un *out-group*, la alteridad. Lo político acaba impregnándolo todo, algo que se ve facilitado también por el consumo de medios de comunicación de parte y por la propia dinámica de las redes sociales, el lugar idóneo para hacer florecer teorías conspiratorias, sumergirse en cámaras de eco o consumir noticias falsas.

Algunos han tratado de ver en él a una nueva encarnación del fascismo; otros propenden a banalizarlo resaltando su carácter de producto del show business y sus tendencias narcisistas. Quizá lo que mejor se adapte a lo que ha venido practicando sea un “autoritarismo líquido” carente de modelo, convicciones o fines específicos salvo permanecer en el poder y obtener los mayores beneficios posibles

El resultado es la potenciación del antagonismo, la radicalización de las posiciones respectivas y, por consiguiente, la dificultad para mediar entre ambos bloques. Sobre ese trasfondo, el asalto al Capitolio bien puede interpretarse como una conclusión lógica de un progresivo enconamiento entre ambos polos. Aunque aquí no debe adoptarse una actitud equidistante. Una de las constantes de la incorporación de un personaje como Donald Trump a la política americana ha sido el buscar inflamar la inquina y propagar el odio hacia la otra parte, el abundar en descalificaciones gratuitas del adversario político, en la sistemática distorsión de la realidad -el “presidente de las 30 000 mentiras”- y el despreciar olímpicamente las reglas escritas y no escritas de lo que significa el ejercicio del más alto cargo institucional de la política de los Estados Unidos. Algunos han tratado de ver en él a una nueva encarnación del fascismo; otros propenden a banalizarlo resaltando su carácter de producto del *show business* y sus tendencias narcisistas. Quizá lo que mejor se adapte a lo que ha venido practicando sea un “autoritarismo líquido” (H. Geiselberger), impulsos autoritarios carentes de modelo, convicciones o fines específicos salvo permanecer en el poder y obtener los mayores beneficios posibles de ello.

Sea como fuere, es el primer presidente de la historia de este país que se va a someter a dos procesos de *impeachment*, uno por sus actividades antes de su acceso al cargo, y otro por su presunta incitación a asaltar el Congreso. Este hecho ha provocado que otras de sus actividades menos conspicuas pasen ahora a un segundo plano, pero que no por eso son de menor gravedad, como el valerse de su cargo para favorecer sus negocios personales, el utilizar la Casa Blanca para reuniones partidistas o el designar a familiares para ocupar posiciones políticas clave. A falta de todo lo que todavía puede salir a la luz, que casi con total seguridad nos ofrecerá una imagen aún más siniestra de este personaje.

Precisamente por todo esto es necesario retornar a la pregunta que nos hacíamos al principio. ¿Cómo es posible que alguien así consiguiera el apoyo de 74 millones de votos y la firme lealtad de su propio partido? Esto último seguro que responde a consideraciones de oportunidad política de un partido que a partir de ahora necesitará reinventarse, y que acabará pagando cara su apuesta. El misterio reside en su gran popularidad, que solo es explicable a partir de ese dato que acabamos de ver, la polarización extrema que caracteriza a la sociedad estadounidense. Bajo estas condiciones, tiende a dominar eso que se denomina el “partidismo negativo”: lo que cohesiona en un bloque no es ya tanto la identificación positiva con todos los que integran el propio grupo cuanto la animadversión hacia el otro. Gustara más o menos, Trump era el líder de los “nuestros”, que fuera una persona carente de integridad moral o un gobernante mediocre sería una cuestión secundaria ante el peligro de que la otra parte pudiera acceder al poder. Solo así se explica el misterio. Desde luego, hay razones más profundas, desde las heridas aún sin restañar que vienen casi de los mismos orígenes de la república americana, como es el racismo, o las nuevas producidas por la globalización, el espectacular aumento de la desigualdad y otras patologías sociales creadas por la sociedad tecnológica de nuestros días. Pero esto sería para otro artículo.

El desafío para Biden es inmenso porque su mayor tarea ahora, como él mismo ha reconocido, es buscar la reconciliación entre las dos almas de la sociedad estadounidense. Y tengo para mí que a estos efectos no basta solo con introducir un nuevo estilo de gobierno, el tender la mano a la otra parte o favorecer, en general, una cultura del entendimiento. Tanto el ataque al Congreso como la negación del resultado electoral apunta a algo de mayor envergadura; a saber, la relegitimación de las instituciones y prácticas democráticas. Y para ello será fundamental que no sobreviva el trumpismo después de Trump, algo sobre lo que ahora solo podemos especular, pero sin lo cual no habrá salida a la vista para la restauración de esta gran nación.